

aun en la práctica, la doctrina de que al cometer los excesos á que se abandonaba no se incurria en pecado, siempre que el alma permaneciese unida á Dios por medio de la oración de quietud.

Al fin se descubrieron sus abominaciones, y acusado de haber sostenido opiniones peligrosas, fué detenido y encerrado en las prisiones de la Inquisición en Roma, que en una Congregación general, celebrada ante el Papa y los Cardenales inquisidores, condenó sesenta y ocho proposiciones que habia sostenido Molinos, y declaró que éste habia enseñado dogmas falsos y perniciosos; y que su oración de quietud era contraria á la doctrina de la Iglesia y á la pureza de la piedad cristiana.

El Papa condenó además sus libros y sus escritos, y mandó que los Ordinarios é Inquisidores los quemasen.

Miguel de Molinos fué condenado á prisión estrecha y perpétua, en la cual murió nueve años despues, en el de 1693 (1).

(1) MORERY, *Dict. Hist.*

CAPITULO III.

SIGLO XVIII.

Sumario.—I. Lord vizconde Enrique Bolingbroke.—II. Jerónimo Kohier.—III. Juan Jacobo Rousseau.—IV. Francisco María Voltaire.—V. Sebastian José Carvalho Melho, marqués de Pombal.—VI. Bernardo, marqués de Tanucci.—VII. José II, emperador de Austria.

I.

Lord vizconde Enrique Bolingbroke.

(MURIO AÑO 1951 DE N. S. JESUCRISTO.

La revolucion, que en nuestros días tiene en agitacion continua al mundo, y que afecta al orden religioso, al orden filosófico, al orden científico y al orden social, viene preparándose desde hace algunos siglos con una perseverancia y una astucia verdaderamente diabólica.

En efecto: Las ideas que realizan en nuestra época los enemigos de la Iglesia, se están predi-

dicando y propagando hace más de tres siglos bajo múltiples y variadas formas, que se dirigen, sin embargo, á un mismo fin: combatir la sociedad divina fundada por Jesucristo.

Apareció primero la reforma religiosa, que se llamó protestantismo; presentóse luego la reforma filosófica, bajo los nombres de cartesianismo y panteísmo; vino despues la reforma política, que adoptó el nombre de liberalismo, y detrás de tantas reformas vino la reforma social, que solo por escarnio puede llamarse socialismo.

Todas estas falsas ideas, todos estos abominables errores tuvieron sus apóstoles: Lutero, Calvino, Descartes, Kant, Espinosa, Voltaire, Rousseau, Proudhon: y entre los socialistas, ¡quién no conoce esos nombres funestos que aún viven entre nosotros, y vivirán en la posteridad con una fama execrable!

Todos estos apóstoles tuvieron discípulos que, continuando los errores de sus maestros, y aumentándolos con los suyos propios, contribuyeron al general cataclismo de que somos á un tiempo víctimas y testigos.

El siglo XVIII, tan memorable y tan funesto, fué como el gran horno donde se fundieron las ideas que hoy realizan nuestros utopistas y de-

fienden nuestros *espíritus fuertes*, y á las que sirvieron de cátedra de escándalo en el pasado siglo las monarquías con el regalismo, los políticos con sus usurpaciones, la filosofía y las ciencias todas con sus extravíos, la literatura con sus adulaciones y liviandades, el jansenismo con su clásica hipocresía, y la corrupcion de las costumbres con el fcego de las pasiones, y la indiferencia religiosa.

En aquel tiempo la Providencia había permitido que Francia ejerciese una preponderancia europea y una influencia universal en las ciencias y en la literatura, y estas fueron las primeras causas de los males que hoy aquejan á Europa; porque Europa toda, guiada por Francia, había entrado en el camino de la duda, de la incredulidad y la corrupcion, que conduce los pueblos á su ruina.

La disolucion de las costumbres de la época tenía tan preparados los espíritus para que fructificara en ellos la propaganda de la impiedad, que Francia, espejo donde se reflejaba el carácter de aquel tiempo, pasó en ménos de medio siglo desde el cesarismo omnipotente de un Monarca tan ciegamente obedecido como ridículamente adulado, á la soberanía nacional de un pueblo que, al adquirir la libertad revoluciona-

ria, demostró evidentemente que la libertad cristiana es la única que puede hacer á los hombres verdaderamente libres y felices.

Los excesos de la monarquía y de la corte no contribuyeron ménos al singular contraste que nos ofrece la historia en Luis XIV y Luis XVI. El primero llegó á ser tan poderoso en su reino, que, segun Saint Simon, *era una especie de divinidad en medio del Cristianismo*. La corte, el pueblo, hasta las ciencias, la literatura y las artes, todo se inclinaba ante el Rey, como se prosternaba el pueblo romano ante aquellos Emperadores que en un tiempo fueron semidioses. Medio siglo más tarde, su segundo sucesor, Luis XVI, era despeñado del trono, y se le hacia subir al patíbulo.

Así debia suceder por la lógica de la historia. Cuando los pueblos, las instituciones, las familias y aun los hombres en particular, se prostribuyen ó se envilecen, sufren irremediamente el castigo, por sus culpas, de las funestas consecuencias de sus extravíos.

El cesarismo pagano de Luis XIV; el fastuoso lujo y las intrigas de su corte; la funestísima regencia de aquel duque de Orleans, á quien Luis XIV llamaba *Fanfarron de delitos*, porque, sobre ser vicioso, aparentaba serlo mucho más;

los escándalos de una sociedad en que se hizo de moda el libertinaje más desenfrenado; la ambición insaciable del mismo duque de Orleans; las locuras economistas de Law, que en cinco años labraron una riqueza artificial, disipándose como el humo, arruinaron al fin á toda Francia, y la ineptitud y avaricia del duque de Borbon, que gobernó tambien el Estado bajo Luis XV, causaron en Francia tantos y tan graves males, que apenas pudo contener el virtuoso Fleury, y que más tarde aumentaron más y más, la duquesa de Chateauroux, la marquesa de Pompadour y la condesa del Barry, que fueron sucesivamente concubinas del Rey y verdaderas heredadoras del reino.

En medio de tantos males, la incredulidad comenzaba á manifestarse sin recelo con el nombre de *libre examen*, epidemia de que tambien estaba infestado el gobierno, como lo prueban algunas de sus disposiciones. Los filósofos proclamaban que todos los ciudadanos debian contribuir igualmente á las cargas públicas, y nada más justo; pero el interventor general Machault, participando sin duda de las doctrinas y aspiraciones de los incrédulos, prohibió que se estableciesen colegios, Seminarios, casas religiosas ú hospitales sin licencia del Rey, y que las manos

mueras adquiriesen, recibiesen ó poseyesen sin dicho permiso.

Las luchas del Parlamento contra el clero, con motivo de la Bula *Unigenitus*, dieron nuevo pábulo á la ingerencia del Estado en los asuntos eclesiásticos, llevaron la inquietud á las conciencias, y dieron el escándalo de que el primer Tribunal del reino empleara hasta la fuerza contra las declaraciones de la Iglesia y contra los sacerdotes que á ellas se sometían y ajustaban su conducta á las prescripciones de Roma.

Luis XIV, á quien en los asuntos religiosos no se puede negar la mejor intencion, logró sujetar y aun hacer callar á los jansenistas; pero á su muerte el duque de Orleans llamó á los Obispos desterrados, les restituyó sus Sillas, y en vano vencidos con su triunfo volvieron á mostrarse insolentes, renovando la lucha, que lograron sostener por muchos años, apelando á toda clase de medios, intrigas y astucias, aunque procurando siempre aparecer como víctimas y atraerse la atención de todos.

La francmasonería, que ya empezaba á ser sospechosa, encontró, no obstante, gran apoyo en Francia, donde al principios del siglo XVII fué nombrado segundo gran maestro de Francia el conde de Clermont, príncipe de la sangre, y

se manifestaba eminentemente revolucionario, proclamando principios conformes con la filosofía de la época.

La literatura habia entrado en el período de su decadencia, y contaminada con la corrupcion de la corte, comenzó á declinar adalando á Luis XIV, y concluyó por prostituirse en una sociedad que basteardaba todo sentimiento noble y generoso. Bolleau estaba siempre dispuesto á satirizar aquello que no agraba al Rey; el abate Casagne se desesperaba porque era criticado por éste; Racine murió de sentimiento porque el Rey le separó de su gracia, y el mismo Fenelon llamó desgracia á su extrañamiento de la corte.

Por otra parte, Molière, y hasta Racine, representaban en el teatro, bajo formas heróicas, los amores de Luis XIV, y con el tiempo los poetas cantaron en sus versos con la mayor desenvoltura los asuntos más vergonzosos.

Estregado entonces el gusto roto, el freno de las pasiones, convertidos el lujo y la elegancia de la corte en escandaloso libertinaje, y contaminados todos en la manía de ostentar agudo ingenio y mostrarse eruditos, los *bello spiritus* se convirtieron en *spiritus fuertes*, y se leian con avidéz las poesías obscenas, los libelos infamatorios y las novelas inmorales que aparecian

sin cesar, juntamente con las obras de Voltaire, Diderot, D'Alembert y otros que contribuyeron principalmente á agitar las inteligencias del siglo XVIII, faltas ya de fé, embrutecidas por el más grosero sensualismo é impulsadas por el espíritu de novedad.

Para terminar este acuerdo, diremos que el abate Cottin escribía madrigales amorosos; el abate Grecourt, poesías lúbricas; el abate de Pure, la *Historia galante de las Preciosas*, y el abate D'Aubignac la *Relacion del reino de la coqueteria* (1).

A la cabeza de este movimiento y de la revolucion que por entónces se efectuaba en las ideas, marchaba la filosofía moderna, que, iniciada por Gassendi de Charpentier á principios del siglo XVII en el libre exámen, y llevada desde el ontologismo de Descartes al panteísmo puro de Espinosa, y desde este al panteísmo disfrazado de Malebranche, al sensualismo de Locke y al idealismo de Leibnitz, fatigada de tan laboriosas é inútiles investigaciones, se lanzó con Diderot, D'Alembert, Rousseau y Voltairio en brazos de una impiedad brutal, en la que con la

(1) OANTU; *Historia Universal*, tomo VI, cap. VII.

rabia de la impotencia blasfemaba contra todo cuanto debió aceptar como base de sus conocimientos, y de lo que prescindió al principio por orgullo, y al fin maldijo por soberbia.

La filosofía dejó entónces de ser filosofía para convertirse en enciclopedia, porque así podia llevarse mejor á todas partes, en todas materias y de todas maneras el odio que abrigan contra Dios aquellos corazones corrompidos y aquellas extraviadas inteligencias. El grito de libertad y de independencia fué lanzado á los cuatro vientos contra toda autoridad divina y humana, y las blasfemias más nefandas se oían sin escándalo y casi con gloria.

El infame Voltaire llamaba á la Iglesia la *infame*; Diderot manifestó el deseo de estrangular al último Rey con las tripas del último sacerdote. Aquello era una bacanal horrenda, en la que se profanaba todo: la Religión, la autoridad, la familia, y en la que toda Francia apuraba la copa que la ofrecían sus filósofos, sin que nadie se atreviera á rechazarla.

Así terminó el reinado del egoísta Luis XV, y comenzaba el del débil Luis XVI, que, presintiendo su fin, ciñó con pena la corona de su abuelo, y decía más tardo á su ministro Turgot:

Tú eres más dichoso que yo, porque al menos puedes renunciar.

Conocía los males del reino, reconocía su impotencia para contener el torrente que ya comenzaba á despeñarse, y acaso presentía su fin al ver que en su tiempo se había atentado contra la vida de su predecesor Luis XV, y de José I de Portugal, y dado muerte de un pistoletazo á Gustavo III, rey de Suecia.

La corona de Francia era, en efecto, una carga muy pesada para el bondadoso Luis XVI, pues los abusos de los últimos Monarcas, el ruinósísimo estado de la Hacienda y la miseria del pueblo habían desacreditado el antiguo régimen, y Francia entera se había saturado ya del *espíritu moderno*, como lo confiesa Segur en los términos siguientes (1):

“Los jóvenes nobles, sin echar de ménos lo pasado, sin inquietud respecto del porvenir, marchábamos alegremente sobre flores que nos ocultaban el abismo. Jocosos censores de las modas antiguas, del orgullo feudal de nuestros padres y de su grave ceremonial, todo lo que era viejo nos parecía ridículo é impertinente; la gravedad

(1) *Conti*; tomo VI, página 801,

de las doctrinas del tiempo anterior se nos hacía tan pesada, cuanto ligera y agradable la filosofía riuense de Voltaire; y sin desentrañar demasiado la de escritos más serios, la admirábamos como prueba de valor y de resistencia á las arbitrariedades. La sencillez del traje inglés nos permitía emanciparnos de un esplendor incómodo en las minuciosidades de la vida privada, á las fiestas, á los deleites, á los pesados deberes de la corte, y de las guarniciones, gozábamos negligentemente, así las ventajas que nos habían transmitido las antiguas instituciones, como la libertad que nos habían dado las nuevas costumbres. De esta manera los dos sistemas lisonjaban al mismo tiempo, una nuestra vanidad, otro nuestra inclinación á los placeres.

“Hallando en nuestros castillos, con nuestros villanos, guardias y jueces, algunos vestigios del poder feudal que antiguamente tuvieron nuestros padres; disfrutando en la corte y en las ciudades de las distinciones del nacimiento, elevados en los campos, por solo nuestro nombre, á los grados superiores, y libres ya para mezclarnos sin pompa ni ostentáculos entre todos nuestros conciudadanos, para gustar las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos correr nuestra bre:

ve primavera en un círculo de ilusiones, en una especie de beatitud cual jamás la habíamos conocido (1). Libertad, trono, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedades, filosofía, todo se unia para hacer nuestros dias felices, y nunca tan terrible despertar fué precedido de sopor tan dulce y sueños tan seductores....

"Nunca se habia visto tanta diversidad de opiniones, de gustos y de costumbre; en el seno de las Academias se aplaudian las máximas filantrópicas, las diatribas contra la vanagloria y los votos de paz perpétua, y al salir de aquellas reuniones se intrigaba y se declamaba para arrastrar al gobierno á la guerra. Cada cual se esforzaba por eclipsar á los demás en lujo, mién-se hablaba en tono republicano y aparentando

(1) Antes era otra cosa, tanto que el príncipe de Ligne escribía: *J'ai vu les jeunes gens de qualité habillés tout à fait, l'épée à côté, à sept heures du matin. Pas un qui allât à pied dans la rue; à cheval, en habit galonné, avec une grande suite, et jamais au trot; les grandes dames avec deux hélandes à la portière; des pages et un peuple de valets sur la voiture; les fils tremblant devant les mères, les fil'es n'osant presque pas parler aux femmes mariées; des ministres écoutant sans répondre, mais qui faisaient accorder, les grandes actions communes, des pluies de bienfaits et de distinctions.*

igualdad; ni nunca hubo en la corte mayor magnificencia y ménos poder. Censurábase á los potentados de Versalles y se adlaba á los de la Enciclopedia, y una palabra laudatoria de D'Alembert ó Diderot era preferida al favor más señalado de un príncipe. Los Prelados dejaban sus diócesis para solicitar ministerio; los abates escribían versos y novelas escandalosas; en la corte se aplaudian las sentencias republicanas de Bruto; los Monarcas abrazaban la causa de un pueblo rebelado contra su Rey, y se hablaba de independencia en los campamentos de democracia entre los nobles, de filosofía en los bailes, y de moral en los gabinetes voluptuosos.

"Como la felicidad hace á los hombres indulgentes y confiados, se dejaban correr libremente todos los escritos de reforma, todos los proyectos de innovaciones, los pensamientos más liberales, los sistemas más atrevidos. Todos creían caminar á la perfeccion, y no se cuidaban de los obstáculos, orgullosos de ser franceses, y, lo que es más, franceses del siglo XVIII, que nosotros considerábamos como la edad de oro restablecida en la tierra por la nueva filosofía.

"En toda Europa las Universidades, las Academias, eran el eco de la filosofía francesa; el

amor á la libertad tomaba el carácter de sentimiento universal; los Parlamentos condenaban cualquier libro por deber, por costumbre; pero sus reclamaciones y la oposicion que hacian al ministerio hablaban más alto á la opinion que los mismos autores por ellos condenados,

“La universal imitacion de las modas y costumbres de Inglaterra no eran un triunfo decretado en honor del buen gusto inglés, ni de su industria, ni de su superioridad en las artes, sino la expresion de un sentimiento muy distinto, que cada dia iba madurándose más, á saber: el deseo de ver trasplantadas á Francia las instituciones y la libertad de la Gran Bretaña.

“Comenzábanos á tener *clubs*, donde los hombres se unian, no todavía para discutir, sino para comer, jugar al whist y leer obras nuevas: primer paso inobservado, que trajo grandes y por el pronto fatales consecuencias. Su primer resultado fué separar á los hombres de las mujeres, con notable cambio de nuestras costumbres, que se hicieron ménos frívolas, pero también ménos urbanas; más vigorosas, pero menos amables; ganando en ello la política, pero perdiendo la sociabilidad. Todo tendia á objetos graves; y al partido filosófico, que conducia á la

revolucion, se unian hombres de importancia cuyos intentos eran muy diversos.

“Estos progresos de la igualdad, el homenaje tributado á toda especie de mérito personal, el entusiasmo con que se miraban todas las grandezas literarias y filosóficas, ponian en actividad la imaginacion de los poetas, de los artistas, de los escritores (1).”

Así se explica que Voltaire, rechazado por la corte, fuese recibido por París entero, que le tributó una acogida frenética con honores de apoteosis, y aun de adoracion idolátrica,

(1) SEGUR: *Memoires*.—En aquel tiempo (1782) el famoso caballero de industria veneciano, Casanova, habiendo visitado de nuevo á París, decia de esta capital: “París es la ciudad de todo el mundo, en la cual no falta nada, ni al filósofo, ni al artista, ni al literato ni al devoto, ni al sensual. La mansedumbre exterior de los franceses es tal, que toda clase de personas puede hallarse bien entre ellos; la afabilidad es fingida, pero gusta; las mujeres son puro ardidio, pero agradan; los libritos que se publican todo los dias son frívolos y necios, pero divierten; las artes liberales se hallan en péximo estado, pero no hay país en que los artistas sean más ricos, y donde se encuentre más triunfante el lujo, á despecho de la indigencia en que está sumido el Estado.

Y calcúlese por esto cuál sería la situación de Francia cuando París era entonces Francia, como Luis XIV era en su época el Estado. Dominado por el espíritu de Voltaire, yacía bajo la presión de todas las sectas y partidos que preparaban la catástrofe próxima á estallar.

El galicanismo casi había separado al clero francés de Roma, Madre y Maestra de todas las Iglesias; el jansenismo había esterilizado los corazones con su falsa moral y su exagerada severidad; la francmasonería, imponente ya por los elementos con que contaba en todas las clases y aun en la corte misma, propagaba sus principios de libertad, igualdad y fraternidad, y el filosofismo combatía las bases fundamentales de la sociedad, con general aplauso.

Todos estos elementos, todas estas sectas se protegían mutuamente, cual si tuvieran pactada una alianza infernal contra la Iglesia.

Cuando el Parlamento de Francia, heredando la política de Luis XIV, de que el Estado lo absorbiese todo, publicó varios decretos atentatorios á las inmunidades del clero y á la propiedad de la Iglesia, los filósofos celebraron y defendieron aquellas disposiciones, apoyando al Parlamento, exagerando las inmensas riquezas del clero, recordando la pobreza de los Apóstol-

las, y sosteniendo que el Estado tenía derecho á apoderarse del patrimonio de la Iglesia.

El Parlamento á su vez y los filósofos ayudaron también á los jansenistas en el conflicto to promovido por los apelantes contra la Bula *Unigenitus*; casi todos los filósofos pertenecían á la francmasonería, y todos ellos se protegían recíprocamente, y formaban un verdadero ejército que organizaba sus huestes, estudiaba sus planes de ataque y circulaba sus órdenes para que su acción fuese más eficaz.

Por último, los políticos, los jansenistas, los francmasones y los filósofos se conjuraron para la infame persecucion que sufrieron los Jesuitas, y para la supresion de la Compañía, en la cual veían un obstáculo invencible para la obra que se preponía realizar.

Por manera que la persecucion en esta época no puede compararse con ninguna otra, por los muchos y poderosos elementos que contribuyeron á ella, porque el terreno estaba preparado de antemano por el protestantismo, y por la astucia y perseverancia con que insensiblemente se dispusieron los ánimos y los medios necesarios para realizarla.]

Poco á poco, y con una habilidad apenas concebible, se miraba con ódio el pasado y se aco-

gia con fruición toda idea nueva; el espíritu de independencia, que comenzaba á manifestarse ya como uno de los mayores males de la época, sometió á su examen la situación política y las medidas de gobierno, y la autoridad, que comenzó por verse revidada de unos cuantos ambiciosos, concluyó por ser el blanco de los ataques de todos; á los sentimientos religiosos substituyeron la tibieza de las costumbres de una corte elegante y frívola al principio, y amancebada é inmoral al cabo, donde la tibieza se convirtió en impiedad, y los galanteos en liviandades; el pueblo, que en realidad era la verdadera víctima, recibía con júbilo las doctrinas democráticas que le enseñaban los filósofos, anunciándole sus derechos y hablándole de libertad, de igualdad y de justicia. La Religión, el clero, la monarquía, la nobleza, todo era combatido entonces en su base, sin que nadie viese el peligro ni tratase de contenerlo, porque la sociedad entera estaba contaminada y todos contribuían á su ruina.

Pero la religión era principalmente el objeto de los ataques de aquella turba de impíos, que se habían coaligado á las órdenes de Voltaire en un complot nefando, cuya existencia demostró M. Laetelle, y está probada por la

correspondencia de muchos de ellos, y especialmente de Voltaire.

Tal era la situación de Francia y la de las demás potencias de Europa, pues todas ellas estaban inficionadas de los mismos errores.

Así lo demuestran el reinado de Federico II de Prusia, José II de Austria, José I de Portugal, Leopoldo, gran duque de Toscana, y aun de Carlos III, tanto en Nápoles como en España.

En Prusia, Federico II, amigo y protector de Voltaire, y tan impío como éste, abrigaba los proyectos más infucos contra la Iglesia, y era uno de los aliados más poderosos con que contaba la liga de los filósofos en el siglo XVIII, según lo acreditan sus obras y correspondencia.

En Austria, el emperador José II puso ya en práctica, antes que otro alguno, la política liberal predicada por el filosofismo, con [que tanto daño han hecho á la Iglesia casi todos los gobiernos de Europa en nuestra época.

El gran duque Leopoldo de Toscana, convertido en instrumento de los jansenistas, y secundado por Recci, obispo de Pistoya, avanzó aun mucho más que José II en el camino de las innovaciones contrarias á la libertad de la Iglesia.

La debilidad de José I, abandonando los destinos de Portugal al fanesitimo marqués de

Pombal, dió lugar á que se abriera en aquel país la marcha á las reformas políticas y religiosas que se hallaban en boga, y á que se iniciara en aqual riucon de Europa la bárbara persecucion de que fué víctima la inmortal Compañía de Jesus, que, acosada á principios del siglo de haber contribuido principalmente á la conversion de las monjas jansenistas de Port-Royal, y oponiéndose despues con heroismo y celo evangélicos á la propaganda y proyectos de los filósofos, logró ganarse la admiracion de los buenos y el ódio inextinguible de todos los enemigos de la Iglesia.

Un siglo más tarde, las dinastías todas que expulsaron á los Jesuitas de los Estados habian sido lanzadas de sus tronos por la Revolucion.

Finalmente, el *católico* rey Carlos III contribuyó tambien, como el que más, en Nápoles primero, y luego en nuestra España, á afligir á la Iglesia, continuando la política regalista iniciada ya por Macanaz, Riol, Chamacero y Ramos del Manzano en los reinados de Felipe V y Fernando VI.

El mismo Lafuente, que en este punto no debe ser rechazado por sospechoso, dice: "Ya se hablaba con desembarazo, y como de cosa corriente, por ejemplo, de los recursos de fuerza en las

causas seguidas por jueces eclesiásticos; ya los hombres regularmente ilustrados no se asustaban de las doctrinas de Macanaz, de Chamacero ó de Ramos del Manzano, y ya los inquisidores mismos se hicieron más circunspectos en perseguir ó procesar por ideas ú opiniones... (1)."

Es decir, ya iban penetrando poco á poco en la católica España las doctrinas de los filósofos franceses, y comenzaba á ponerse en práctica la política invasora, cuyos resultados estamos tocando en nuestros dias.

Los manejos de los condes de Aranda, de Floridablanca y Campomanes, y los de Jovellanos, Roda, Urquijo, del marqués de Caballero y otros hombres políticos que influyeron en los destinos de España durante el siglo pasado, y á quienes muchos historiadores han acusado de enemigos de la Iglesia, y aun de francmasones, prueban evidentemente que los innovadores franceses contaban en España con muchos y valiosos adeptos.

Mientras en Europa se hacia de este modo una guerra artera é infame contra la Iglesia, el in-

(1) *Historia general de España*

pero chino renovaba en Asia las persecuciones de los primeros siglos, y las que en el siglo XVII hicieron tantos mártires en la nueva cristiandad del Japon.

Por esta lucha era mucho ménos temible que la que sostenia en Europa contra el filosofismo, que puede decirse apareció á principios del siglo XVI en Inglaterra, donde, intentando los puritanos una reforma basada en la Biblia, cuya autoridad fué atacada con el ardor de la pasion política por los partidarios de los privilegios y del antiguo régimen, como medio de oponerse á los proyectos de los puritanos, se formó un tercer partido de incredulos y burlones, que comenzaron á enseñar una filosofía ligera y descendente, y eran llamados ya libre-pensadores en la época de Carlos II.

Las doctrinas subversivas contra el órden social, publicadas entónces por Hobbes, produjeron un dilavio de obras impías, plagadas de los errores más peregrinos. Toland proponia el establecimiento de una nueva Iglesia, Woolston trataba de demostrar que los milagros de Jesucristo no eran sino puras alegorías; Collins negaba la necesidad de la revelacion, y sostenia que bastaba amar á Dios y al prójimo; Tyndal combatia todas las religiones; Dadyel se esforzó

por demostrar, con la Escritura y los Santos Padres, que el alma es mortal, y las locuras democráticas del *Mendigo*, de Gay, fueron acogidas con verdadero entusiasmo.

Así se preparaba la revolucion filosófica y la guerra contra Dios, que se manifestó á principios del siglo XVIII bajo la forma del deísmo, sostenido por Bolingbroke, de quien puede decirse fué el Voltaire de Inglaterra.

Muerto apenas Carlos Blount, á quien puede considerarse como el fundador del deísmo, comenzaba ya á figurar en política Enrique Bolingbroke, secretario de Guerra y Marina en 1704, y de Estado en 1710.

Después de ascender al trono Jorge I. Bolingbroke no volvió á aparecer en la escena política, pues acusado de alta traicion, no pudo volver á entrar en la Cámara ni en el ministerio.

Desde entónces solo figuró como escritor y como deísta, debiéndose á él varias obras que se publicaron en la segunda mitad del siglo XVIII, y que fueron condenadas como peligrosas para la Religion, las costumbres, el Estado y la paz pública por el gran jurado de Westminster.

¹Bolingbroke, dice el *Diccionario enciclopédico de Teología católica* de Wetzer y Weite, era elegante, gracioso, amable, elocuente, activo y

de índole movediza; era el esclavo de una ambición sin límites y de una sed insaciable de poder; llevaba la amargura de sus discursos hasta el odio, y su odio era implacable. Su estilo da á conocer su carácter, desordenado, exuberante de metáforas, imágenes alusiones y sentencias; su forma es brillantísima, pero el fondo muy pobre."

Por último, su muerte debió ser tan desastrosa como su vida, y tan funesta como sus escritos, pues, según se afirma en el mismo *Diccionario* de Wetzer y Welte, murió á consecuencia de una larga y espantosa enfermedad el año 1751.

II.

Jerónimo Kohler.

(MURIO AÑO 1753 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este era un fanático visionario de Brugglen (canton de Berna), fundador de una secta impía é inhumana, y á quien puede considerarse como el precursor del mormonismo moderado.

Los errores y los excesos de este desgraciado están enumerados en la forma siguiente en su sentencia de muerte:

1. Se jactaba de haber recibido una misión extraordinaria, de estar asistido de una iluminación especial y de altas revelaciones, y de hallarse en comunicación directa con Dios y el Salvador.

2. Tanto él como su hermano Cristian, decían ser los dos testigos de que habla el *Apocalipsis*.

3. Anunció muchas veces el día y la hora del juicio de Dios y del fin del mundo, añadiendo que ayudaría entónces á Dios á juzgar al mundo.

4. Predicaba que no se salvaría el que no admitiese su doctrina.

5. Enseñaba también que se podía obtener la remisión de los pecados contra el Hijo de Dios, pero que no se perdonaría en la eternidad lo que se dijese contra él.

6. Decía además que la lectura, la oración y las demás prácticas cristianas son inútiles; que el asistir á los sermones no tenía ningún valor, porque los predicadores eran escribas que no tenían vida, y que todos los que iban á la Iglesia estaban condenados.

7. Por el contrario, decia que los que estaban en gracia podian hacer cuanto quisiesen, y que la prohibicion de la fornicacion solo se referia á los que estuviesen todavia sometidos á la ley, pero no á los que estaban ya en gracia.

En virtud de este principio, que era el preludio del mormonismo moderno, no solo cometia los mayores excesos, sino que excitaba á los demás á seguir su ejemplo.

Al fin, las autoridades del canton de Berna condenaron á muerte á Kohler, que fué estrangulado y despues quemado públicamente en 16 de Enero de 1753, como seductor, impostor y blasfemo abominable.

Y hé aquí como la república de Berna, enemiga jurada, como todos los Estados protestantes, de la Inquisicion y de sus pretendidos excesos, incurria realmente en ellos y á mediados del siglo XVI I, puesto que aplicó á este hereje, cuyos crímenes fueron mucho menores que los cometidos por Hus, una pena casi igual á la que se impuso á éste, y esto, trescientos cincuenta años más tarde; con la circunstancia, más agravante aún, de que Kohler se arrepintió y retractó, lo cual no pudo conseguirse de Hus (1).

(1) *Nouveaux documents pour les causes theolog.*, Leips., 1753, pág 243.

¡No en vano dirigen principalmente sus esfuerzos los enemigos de la Iglesia á desfigurar la historia donde está escrito su proceso de diez y nueve siglos!

III.

Juan Jacobo Rousseau.

(MURIO AÑO 1778 DE N. S. JESUCRISTO.)

Pocos escritores han tenido una vida tan disoluta y sostenido unas doctrinas tan peligrosas y peregrinas como el autor del *Emilio*. Pocos han sido tambien los que han merecido el afrentoso honor de que los protestantes les hayan levantado estátuas, como se han levantado á Rousseau en Ginebra.

Desde niño, este célebre autopista manifiesta ciertas inclinaciones, pues tomaba á escondidas frutas y otras golosinas de la despensa de

un grabador, en cuya casa estaba de aprendiz, y hurtaba de cierto jardín los mejores espárragos, que luego vendía, invirtiendo en comilonas las ganancias que le proporcionaba esta rapiña.

Nada de cuanto le agradaba estaba seguro para él, según su propia confesión. En cierta ocasión se apoderó también de un lingote de plata, y acusó de su falta á un criado excelente que había sido siempre fiel y obediente á sus amos; pero recayendo sobre Rousseau graves sospechas, fué despedido de la casa.

En Lyon, en casa de M. de Mably, fué objeto de su rapacidad un buen número de botellas de vino blanco de Arbois, que se fué bebiendo poco á poco, concluyendo por apropiarse algun dinero.

Estos detalles los tomamos de sus *Confesiones*, porque parece que Rousseau quiso imitar en esto á San Agustín; pero con la diferencia de que éste las hizo con una profundísima humildad, y aquel las escribió con un orgullo satánico, dándose la absolución á sí mismo, y creyendo que no habría hombre mejor que él.

Juan Jacobo Rousseau no pertenecía á ninguna escuela, ni contrajo alianza con nadie, ni se afilió á ningún partido. Un odio profundo é in veterado, nacido de una rivalidad continua, le

separaba de Voltaire. Su extravagante inteligencia, animada de un gran espíritu de independencia, acogía con pasión las mayores quimeras; su corrompido corazón hacía un ideal del vicio; y cubría la disipación con los colores de la inocencia; su carácter era tan voluble y tan inconstante, que con frecuencia se inclinaba á los extremos más opuestos. Bajo las apariencias de un sentimiento de humanidad, profesaba una doctrina perversa en moral, impía en religión, subversiva en política, destructora del orden social y atentatoria á toda gerarquía, á todo príncipe, á toda autoridad y á todo culto. Rousseau ofrece el raro contraste de que se refuta á sí mismo. En efecto: atacó los milagros del Evangelio y escribió un pasaje sublime sobre el carácter de este libro sagrado; combatió la majestad y la pompa del culto católico, y por otra parte fué el autor de la famosa *Profesion de fé del Vicario saboyano*, y de esa utopía pedagógica titulada *Emilio*, que consideraba superior al *Telemaco*, y en la cual enseñaba que su discípulo no debía oír hablar de Dios hasta la edad de veinte años. Pero la obra en que Rousseau se muestra más hostil á la Religión, es el *Contrato social*, que acusa al Cristianismo de haber roto la unidad del Estado, destruido el amor á la pa-

tria, favorecido á los tiranos, y abolido las virtudes guerreras.

Sus contradicciones eran tales, que La Harpe decia que hasta la verdad engañaba en sus escritos.

Reconocia un Dios único, una suprema inteligencia, á la cual lo debemos todo, incluso el ser y la inteligencia, y al mismo tiempo no concebía la creacion, y creia de poca importancia saber si hay uno ó dos principios de las cosas. Consideraba imperdonable que el hombre, aun por sí solo y separado de sus semejantes, no leyera en el libro de la naturaleza y no aprendiese en él á conocer y amar á Dios, y por otra parte juzgaba imposible que el hombre pudiera elevarse al conocimiento del verdadero Dios. Aquí dice que no niega nunca á Dios, porque nada tiene que pedirle, y allí quiere que la oracion se haga con recogimiento y atencion, considerando que se dirige al Sér Supremo. Obedena á los que alteran el órden público é indacena á los otros á desobedecer las leyes, cuando su libro es una infracion perpétua de esas mismas leyes. Por último, admira los caracteres de la divinidad del Evangelio, y la santidad de la vida y de la moral de Jesucristo, y un instante despues dice que el Evangelio está lleno

de ideas que un hombre razonable no puede admitir.

Este es Rousseau.

Con harta frecuencia, por desgracia, encontramos en la historia de las ciencias y las letras humanas hombres extraviados, que por error, por ignorancia y hasta por sistema ó ambicion, han sostenido doctrinas absurdas y aun abominables; pero hasta Rousseau no hemos encontrado quien defendiera simultáneamente con gran calor las doctrinas más contradictorias, formando con sus obras un *pantheonium* de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, y constituyéndose en un farasante sin nombre y sin escuela.

Esta lucha de pensamientos tan opuestos y de ideas tan contradictorias llegó á turbar su inteligencia de tal manera, que vivia como un misántropo, bajo el peso de un remordimiento confuso, que hizo de su vida un martirio lento. Asustado ante el grito de su conciencia, cuya voz parece queria ahogar ó pretendia no oír, encontraba en todos los hombres, enemigos conjurados contra él, que le perseguian sin tregua. Así es que aun sus mejores amigos le tenian por loco y le consideraban como otro D. Quijote.

Por último, y á pesar de haber escrito algunas páginas bellísimas contra el suicidio, se suicidó, segun se cree generalmente, y segun afirma una mujer célebre, entusiasta admiradora de sus obras, y que le tributó una especie de culto. En efecto: Mad. Stael publicó en 1789 unas Cartas sobre las obras y el carácter de este publicista, donde, hablando de su muerte, dice:

“Acaso se estrañe que yo considero como cierto que Rousseau se dió la muerte; pero un gonovés que vivió familiarmente con él durante los últimos veinte años de su vida, recibió del mismo Rousseau, poco tiempo ántes de su muerte, una carta en la cual parecia anunciar esta resolución. Despues, habiéndose informado con gran interés de sus últimos momentos, supo que Rousseau gozaba de perfecta salud la mañana del mismo dia de su muerte, que dijo veia el sol por última vez, y que pidió café, que se sirvió él mismo. Pocas horas despues volvió á su casa, y comenzó á sufrir horriblemente; pero prohibió que se le socorriesen, y mandó que no se avisase á nadie. Poco tiempo ántes de este triste dia se habia apercebido de cierta inteligencia que existia entre su mujer y un hombre de la clase más abyecta, y esto le preocupó tanto, que aquel dia estuvo, durante ocho horas, sumido en una me-

ditacion profunda. Paréceme que uniendo estos detalles á su habitual tristeza, y al acrecentamiento extraordinario de sus temores y sus desconfianzas, no podrá dudarse de que este hombre desgraciado terminó voluntariamente su vida.”

Algunos dudaron que Rousseau se suicidára; pero Madama de Stael persistió en su creencia, y escribiendo á Madama de Vassy sobre esto mismo, decia:

“Un gonovés, secretario de mi padre, y que pasó gran parte de su vida con Rousseau, y además un tal Mouthon, hombre de gran talento y confidente de sus últimos pensamientos, me han asegurado lo que he escrito, y aun he visto cartas suyas, de poco tiempo ántes de su muerte, donde anunciaba su resolución de quitarse la vida (1).”

(1) HUGUET: *Terribles éhâtiments des révolutionnaires*, lib I, cap. I.